

# los profetas y el culto

En un número anterior de esta revista consideramos brevemente la actitud de los profetas ante los problemas sociales. Muy relacionado con dicho tema se encuentra el de este artículo. Son muchas las ocasiones en que los profetas denuncian las prácticas cultuales en sus más diversas formas (fiestas, peregrinaciones, ofrendas, sacrificios, rezos), porque se han convertido en un «tranquilizante» de las conciencias, al mismo tiempo que introducen una falsa idea de Dios. Las mismas personas que oprimen a los pobres o contemplan indiferentes los sufrimientos del pueblo tienen la desfachatez de ser las primeras en acudir a los templos y santuarios pensando que el Señor se complace más en los actos de culto que en la práctica de la justicia y de la misericordia.

Por consiguiente, hay una relación muy estrecha entre la exigencia de justicia y la crítica al culto dentro de los profetas de Israel, aunque no debemos perder de vista que la crítica profética al culto se enmarca en un contexto más amplio, como veremos a continuación.

Esta sencilla introducción nos hace caer en la cuenta de que el problema tratado por los profetas conserva plena vigencia. También en nuestros días se enfrentan a menudo dos posturas: la de los que conceden la primacía a la justicia y la de los que dan importancia capital al culto. Posturas que, a veces, se defienden con suma radicalidad y simplismo, sin tener en cuenta los diversos matices del problema. Este artículo no pretende solucionar una cuestión tan debatida y complicada. Sólo intenta dar a conocer a grandes rasgos el pensamiento de los profetas, esperando que su mensaje nos ayude un poco —no totalmente— a clarificar la situación en que nos encontramos.

## 1. HISTORIA DE UN PROBLEMA

Siguiendo el hilo de los relatos bíblicos podemos decir que todo comenzó en el siglo XI a. C., poco después de instaurarse la monarquía en Israel. Un episodio concreto va a enfrentar a los dos personajes claves de aquel momento: el primer rey, Saul, y uno de los profetas más famosos de los primeros tiempos, Samuel<sup>1</sup>. El relato de 1 Sam 15 nos cuenta cómo Saul, después

1. La figura de Samuel es una de las más complicadas del Antiguo Testamento, ya que las tradiciones lo presentan como jefe político y militar (el último de los «jueces»), sacerdote, etc. Sin embargo, el aspecto profético del personaje parece fuera de duda.

de la campaña contra los amalecitas, decide reservar «las mejores ovejas y vacas, el ganado bien cebado, los corderos y todo lo que valía la pena» para ofrecerlos como sacrificio al Señor. Para un lector moderno que conozca la mentalidad de los pueblos antiguos la actitud de Saul es excelente. Sin embargo, al actuar de esta manera, el rey está contraviniendo uno de los principios fundamentales de la «guerra santa», el **herem**, que obliga a exterminar todo lo conseguido en la campaña. No es mala voluntad lo que guía a Saul. Es una estima exagerada del culto, que le hace situarlo por encima de la voluntad de Dios, manifestada en las normas de la guerra.

Y por eso se le enfrenta el profeta Samuel, con unas palabras que seguirán resonando en diversas variantes a lo largo de los siglos.

«¿Quiere el Señor sacrificios y holocaustos,  
o quiere que obedezcan al Señor?  
Obedecer vale más que un sacrificio,  
ser dócil, más que grasa de carneros» (1 Sam 15,22)

El principal interés de este texto radica en que nos descubre dos detalles importantes: primero, que el hombre tiene la tentación de buscar su propio camino para contentar a Dios, y generalmente piensa que ese camino pasa necesariamente por el culto; segundo, que el profeta no considera el culto como un valor absoluto; hay cosas que pueden estar muy por encima de él, y ante ellas las prácticas culturales casi carecen de valor.

De hecho, los siglos posteriores no harán más que confirmar la validez de estas dos ideas. Creo que lo más interesante es revisar los textos proféticos relacionados con el tema.

**Amós**, el primero de los profetas cuya obra se conserva por escrito, encuentra en el siglo VIII a. C. una situación en la que el culto es muy floreciente. Las peregrinaciones a los grandes santuarios de Betel, Guilgal y Berseba ejercen gran atracción sobre el pueblo. No se escatiman los diezmos, abundan los sacrificios de animales y las ofrendas voluntarias. Pero todo este culto va acompañado de tremendas injusticias, de engaños en el comercio, de compra-venta de esclavos y opresión de los débiles. Creo no desfigurar mucho el pensamiento de Amós al decir que en su tiempo se ofrecía a Dios parte de lo que se robaba a los pobres. Era un buen procedimiento para tranquilizar la conciencia. Al mismo tiempo, todas esas prácticas culturales fomentaban la idea de ser el pueblo elegido, mejor que cualquier otro, con una garantía absoluta de protección y bendición divinas.

Amós clama contra este culto que responde a un deseo humano, no a un intento serio de cumplir la voluntad de Dios:

«Marchad a Betel a pecar, en Guilgal pecad de firme;  
ofreced por la mañana vuestros sacrificios  
y al tercer día vuestros diezmos;  
ofreced ázimos, pronunciad la acción de gracias,  
anunciad dones voluntarios,  
**que eso es lo que os gusta**, israelitas» (Am 4,4-5).

Estas irónicas palabras, que remedan las exhortaciones de los sacerdotes a las prácticas culturales, se mantienen en lo puramente negativo. Indican que

el culto de Israel, con sus diversos actos, sólo responde al deseo del hombre («eso es lo que os gusta»), pero que Dios no encuentra en ellos ningún placer. Lo mismo afirma el capítulo 5, cuando habla de las peregrinaciones<sup>2</sup>:

«Así dice el Señor a la casa de Israel:  
interesaos<sup>3</sup> por mí y viviréis;  
no os intereséis por Betel, no vayáis a Guilgal,  
no os dirijáis a Berseba;  
que Guilgal irá cautiva y Betel se volverá Betavén.  
Interesaos por el Señor y viviréis» (5,4-6a).

Estos versos nos demuestran la equivocación del hombre cuando intenta buscar a Dios en los santuarios. Cree que el espacio sagrado es el único sitio donde puede encontrarse. Y Amós dice claramente que no es allí. Hay que interesarse por Dios, buscarle. Pero donde El está, que no es en lejanas ermitas, sino en medio del prójimo. Por eso, la única forma de encontrarlo es «amando el bien e instalando la justicia en los tribunales» (5,15). Todo lo demás es pura evasión, búsqueda inútil, que refleja en el fondo un auténtico desinterés por Dios.

Por si los versos anteriores no fuesen suficientemente claros, el libro de Amós conserva otra de sus intervenciones, la más radical sin duda:

«Detesto y rehuso vuestras fiestas,  
no me aplacan vuestras reuniones litúrgicas;  
por muchos holocaustos y ofrendas que me traigáis  
no los aceptaré ni miraré vuestras víctimas cebadas.  
Retirad de mí presencia el barullo de los cantos,  
no quiero oír la música de la cítara;  
que fluya como agua el derecho  
y la justicia como arroyo perenne» (5,21-24).

De nuevo quedan contrapuestos el camino del hombre y el camino de Dios. El primero pasa por el culto, como elemento primario y absoluto; el segundo pasa por la justicia y el derecho, es decir, a través de las relaciones inter-humanas.

2. Uno de los problemas más complicados para el lector moderno que se pone en contacto con los profetas es el de sus alusiones a hechos, lugares y personajes concretos, que por resultarnos tan lejanos nos impiden captar toda la ironía y dureza de sus palabras. El texto de Amós que cito a continuación podría adaptarse de la forma siguientes a nuestros días:

«Así lo dice el Señor a los católicos de España:  
interesaos por mí y viviréis;  
pero no os intereséis por el Pilar,  
no vayáis a Santiago,  
no os dirijáis al El Rocío.  
Que el Pilar caerá por tierra  
y el Rocío se volverá tormenta.  
Interesaos por mí, y viviréis».

Estos juegos de palabras y estas alusiones concretas son típicas de estos autores.

3. Generalmente se traduce en este caso «buscadme», pensando que la búsqueda de Dios tenía lugar mediante la consulta del profeta. Sin embargo, creo que el verbo hebreo «daraš» tenía ya en época de Amós el mismo sentido que siglos más tarde en la literatura deuteronómica y deuteronomista: «interesarse» por algo o alguien (en este caso por Dios).

No podemos detenernos más en este profeta, al que seguirán muchas voces posteriores, pero hay un detalle que me parece claro e interesante. Si preguntásemos a Amós qué sentido tiene toda la actividad cultural de su tiempo, su respuesta sería categórica. No sirve para nada a los ojos de Dios. Es un fracaso absoluto. Porque no lleva al Señor. Podríamos objetarle que sus contemporáneos tenían conciencia de unirse a Dios como tales prácticas. Pero el profeta lo negaría. No entraban en contacto con Dios, sino con un ídolo, una falsa imagen de la divinidad, que se había creado para su uso y abuso. Podemos decir que esta es la gran tragedia de una generosidad y un esfuerzo mal enfocados: que no conducen al Dios verdadero, sino que alejan de El y le irritan.

**Oseas**, pocos años después de Amós, detecta el mismo problema y lo enfoca de modo idéntico. La clave para entender sus afirmaciones sobre esta cuestión se halla en estas palabras dirigidas a los habitantes del Reino Norte (Efraim):

«Efraim multiplicó sus altares para expiar el pecado<sup>4</sup>  
y sus altares le sirvieron para pecar.  
Aunque les dé multitud de leyes,  
las consideran como de un extraño.  
Aunque inmolen víctimas en mi honor  
y coman la carne, al Señor no le agradan» (Os 7,11-13a).

De nuevo, y pido perdón por la insistencia, se contraponen el camino de Dios y el del hombre. Pero este texto refleja más claramente que los anteriores esa tragedia del culto a la que nos referíamos hace poco. El pueblo desea «expiar su pecado», agradar a Dios y hallarse en buenas relaciones con El. Pero piensa que esto sólo puede conseguirlo construyendo altares e inmolando víctimas. Al mismo tiempo, se niega a aceptar el camino que Dios le indica a través de su voluntad («sus leyes»), que es la única forma de evitar el pecado y de expiarlo. Eso al pueblo no le interesa. Porque es más duro, o porque le parece «menos espiritual». El texto no lo dice. Lo cierto es que todo termina en el fracaso. Los altares sólo sirven para pecar, los sacrificios no agradan al Señor. Como indica otro texto de este profeta: «Con ovejas y vacas irán en busca del Señor, pero no lo encontrarán, pues se ha apartado de ellos» (5,6).

Otras palabras muy importantes de este profeta recuerdan por su formulación a Samuel y por su contenido a Amós. Después de describir los deseos del pueblo de convertirse al Señor, de volver a El y conocerlo, el profeta avisa:

«Quiero lealtad, no sacrificios,  
conocimiento de Dios, no holocaustos» (6,6).

Sale al paso del equívoco que ya hemos constatado: pensar que el modo de relacionarse con Dios es el culto. Y esto no es lo importante, sino la lealtad y el conocimiento de Dios. Sería erróneo pensar que estos dos términos (lealtad y conocimiento) se refieren a una relación «espiritual» con Dios, por oposición a la más material de los sacrificios. Los dos están relacionados con la vivencia

4. La traducción habitual de este verso es «Efraim multiplicó sus altares para pecar», lo cual resulta absurdo. Sigo la interpretación de Rudolph en KAT XIII/1, que resulta mucho más sensata.

de la alianza y de las rectas relaciones interhumanas. Sólo quien practica la justicia y se interesa por el prójimo es leal con Dios y lo conoce.

Y así se comprende la mayor de las acusaciones que hace Oseas a los sacerdotes de su tiempo: roban al pueblo el conocimiento de Dios, transmitiéndole una idea falsa de El y de sus exigencias. Para esos sacerdotes, el culto se ha convertido en un negocio. Animan a la gente a ofrecer sacrificios y dones, aparentemente para que aplaquen a Dios por sus pecados y culpas, en la práctica para beneficiarse de todo ello. 1 Sam 2,12-17 cuenta un caso muy significativo a este respecto. Y otros ejemplos semejantes de su época pudieron impulsar a Oseas a condenar a los sacerdotes porque «se alimentan del pecado de mi pueblo y con sus culpas matan el hambre» (Os 4,8). Sin duda, para el clero resulta más rentable engañar al pueblo, insistiéndole en la importancia de ofrecer estos dones, que hablarle de un Dios que se contenta con que lo busquen a través del prójimo, siendo fiel a sus leyes y a la alianza.

El profeta, que no es interesado, que no pretende ganarse la vida con su palabra, sino transmitir la voluntad de Dios, habla de forma muy distinta. Así lo observamos en **Miqueas**, algo posterior a Amós y Oseas, pero también del siglo VIII. En el capítulo 6 de su libro se encuentra un texto de sumo interés para nuestro tema. Los versos iniciales (1-5) comienzan enumerando los antiguos beneficios de Dios, que el profeta recuerda para suscitar el agradecimiento del pueblo. Y, efectivamente, el pueblo se deja convencer. Pretende responder con generosidad a la generosidad divina. Pero, después de lo dicho anteriormente, no nos extrañará mucho que esta respuesta se oriente en la línea del culto:

«¿Con qué me presentaré al Señor,  
inclinándome ante el Dios del cielo?  
¿Me presentaré con holocaustos,  
con becerros añejos?  
¿Aceptaré el Señor un millar de carneros  
o diez mil arroyos de aceite?  
¿Le ocreceré mi primogénito por mi culpa,  
el fruto de mi vientre por mi pecado? (Miq 6,6-7).

Los sacerdotes contemporáneos de Oseas se habrían frotado las manos al escuchar estas palabras del pueblo. Tendrían en perspectiva la conversión más rentable de toda la historia de Israel. El simple diez por ciento de lo ofrecido bastaría para hacerse de provisiones y ganado en abundancia. Pero Miqueas no piensa del mismo modo. Estas muestras de generosidad, que culminan en la disponibilidad a sacrificar al hijo primogénito<sup>5</sup>, no tienen en cuenta que Dios ya ha dicho desde antiguo lo que le agrada:

«Hombre, ya se te ha dicho lo que está bien,  
lo que Dios desea de ti:  
simplemente que practiques la justicia,  
ames la lealtad y seas humilde con tu Dios» (Miq 6,8-9).

---

5. El sacrificio de los primogénitos era una práctica, si no frecuente, al menos algo difundida entre ciertos pueblos del Antiguo Oriente. La Biblia la condena con relativa frecuencia, aunque esta crítica no impidió que se cometiesen algunos asesinatos de este tipo. Véase 2 Re 16,3; Jer 7,31, etc.

El siglo VIII nos pone en contacto con otro profeta, el más grande de todos ellos, Isaías. Sus afirmaciones sobre este tema se hallan muy inspiradas en Amós, con la única diferencia de que Isaías hace una enumeración exhaustiva de todas las prácticas culturales con las que el hombre busca inútilmente llegar a Dios:

«¿Qué me importa el número de vuestros sacrificios?  
Estoy harto de holocaustos de carneros,  
de grasa de cebones; la sangre de novillos,  
corderos y machos cabríos no me agrada.  
¿Por qué entráis a visitarme?  
¿Quién pide algo de vuestras manos  
cuando pisáis mis atrios?  
No me traigáis más dones vacíos, más incienso execrable.  
Novilunios, sábados, asambleas...  
no soporto festividad e iniquidad.  
Vuestras solemnidades y fiestas las detesto;  
se me han vuelto una carga que no soporto más.  
Cuando extendéis las manos, cierro los ojos;  
aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé.  
Vuestras manos están llenas de sangre.  
Lavaos, purificaos, apartad de mi vista  
vuestras malas acciones.  
Cesad de obrar mal, aprended a obrar bien;  
buscad el derecho, liberad al oprimido,  
defended al huérfano, proteged a la viuda» (Is 1,11-17).

Todo queda en entredicho: los sacrificios de comunión y los holocaustos (v. 11), los sacrificios vegetales y ofrendas (v. 12-13a), las fiestas semanales, mensuales y anuales (v. 13b-14); incluso las oraciones (v. 15), que podrían parecer la manifestación más espiritual.

Pero Isaías no se queda en lo puramente negativo. Igual que los otros profetas, indica a sus contemporáneos cuál es la forma auténtica de encontrar a Dios: «haciendo el bien» y «buscando el derecho», lo cual significa preocuparse por las personas más débiles: viudas, huérfanos y oprimidos.

Pero este texto de Isaías, aparentemente tan radical y exhaustivo, es quizás más moderado que los anteriores de Amós, Oseas y Miqueas. Porque Isaías no parece condenar el culto en cuanto tal, sino el culto practicado por unas personas que «tienen las manos manchadas de sangre» (v. 15), gente que quiere unir «festividad e iniquidad» (v. 13) <sup>6</sup>. Esta interpretación parece corroborada por la insistencia con que habla el profeta de **vuestros** sacrificios, **vuestras** fiestas, **vuestros** novilunios, **vuestras** solemnidades, **vuestras** oraciones. Lo que irrita a Dios no es el culto en cuanto tal, sino las personas que lo llevan a cabo.

Deseo terminar esta rápida enumeración de textos proféticos con uno de Jeremías que se orienta en la misma línea de Os 7,11-13, contraponiendo el camino que el hombre elige y el que Dios le indica:

---

6. De las traducciones castellanas que he usado, sólo la de Nacar traduce fielmente el texto hebreo. La Nueva Biblia Española mutila el texto, y la de Jerusalén prefiere injustificadamente la lectura de los LXX.

«Añadid vuestros holocaustos a vuestros sacrificios y comeos la carne; pues cuando saqué a vuestros padres de Egipto no les ordené ni hablé de holocaustos y sacrificios; esta fue la orden que les di: «Obedecedme caminad por el camino que os señalo, y os irá bien». Pero no escucharon ni prestaron oído, seguían sus planes, la maldad de su corazón obstinado, dándome la espalda y no la cara...» (Jer 7,21-28).

Jeremías revela de modo concluyente la raíz de todo este conflicto: el hombre «sigue sus planes, la maldad de su corazón». El camino que Dios le indica, el de la obediencia a su voluntad, le resulta poco atractivo. Pretende utilizar sus propios métodos, el culto, para ganarse a Dios. Pero con ello sólo consigue «darle la espalda» al Señor.

En resumen, lo que está en juego a través de toda la crítica profética al culto es la forma de relacionarse con Dios y de agradecerle. El hombre piensa que esto sólo es posible por una vía directa a la divinidad, el camino de los sacrificios, ofrendas, peregrinaciones, rezos. Sin embargo, para los profetas sólo hay una vía segura de acceso a Dios, la que pasa a través de su Palabra, su voluntad, su ley. Y lo curioso es que esta vía de acceso no es directa, obliga a dar un rodeo, a pasar por el prójimo, por la justicia, el derecho y la misericordia, por los oprimidos, huérfanos, gitanos, viudas, emigrantes... Sólo a través de ellos entra el hombre en contacto con Dios. O, mejor dicho, sólo cuando busca a Dios por esta vía indirecta tiene sentido buscarlo también de forma directa. De lo contrario, cabe siempre el peligro de engañarse, de estar adorando un ídolo, no al Dios verdadero. Porque, como dice la primera carta de Juan, sintetizando magníficamente el pensamiento profético, «quien no ama a su hermano, a quien está viendo, a Dios, a quien no ve, no puede amarlo» (1 Jn 4,20).

## 2. EL REVERSO DE LA MONEDA

Si nos quedásemos sólo con los textos anteriores llegaríamos a la conclusión de que los profetas atacaron al culto de forma sistemática, sin concesiones, en la mayoría de los casos. Pero esta idea sería falsa, porque no tiene en cuenta toda la historia de la profecía ni todas las afirmaciones hechas por Dios a través de estos hombres. Sin duda alguna, la línea descrita anteriormente es la predominante, y la que ha hecho famosos a los profetas de Israel, después de ocasionarles numerosas persecuciones. Podría completarse con otros textos, como el magnífico de Isaías 58,1-12 a propósito de la celebración del ayuno.

Pero no podemos olvidar que profetas tan importantes como Ezequiel conceden al culto un puesto fundamental en su visión del futuro. Para este profeta, que era al mismo tiempo sacerdote, el templo, los sacrificios y las fiestas juegan un puesto capital en la nueva Jerusalén (véase Ez 43,18-27; 44,15-16; 45,16-17. 18-25; 46,2.4-7.11.13-15, etc.). Podría objetarse que Ezequiel sólo concede importancia al culto en el nuevo Reino de Dios, todavía no realizado, cuando el Señor transforme los corazones y quede implantada la justicia.

Pero otros profetas postexílicos no esperan la aparición de un mundo nuevo para exhortar a sus contemporáneos a la recta práctica cultual. **Ageo** y **Zacarías**,

por ejemplo, animan al pueblo a reconstruir el templo incendiado por los babilonios en el año 586. Dejarlo en ruinas es una muestra tremenda de ingratitud para con Dios, «mientras vosotros disfrutáis cada uno de su casa» (Ageo 1,9). No toleran la indiferencia de sus contemporáneos, que excusan su falta de interés diciendo que «todavía no ha llegado el momento de reconstruir el templo» (Ageo 1,2). Prescindiendo ahora de los argumentos que utilizan y de las esperanzas que ponen en esta reconstrucción, una cosa es clara para estos dos profetas: los israelitas no pueden desinteresarse del culto como si fuese algo inútil y supérfluo.

Del mismo modo se expresa **Malaquías** un siglo más tarde (a mediados del V a. C. aproximadamente). La situación ha cambiado radicalmente desde tiempos de Amós y Oseas. Entonces había auténtica pasión por el culto, se rivalizaba en ofrecer los mejores sacrificios. Ahora no queda ni recuerdo de ello. El culto se ha convertido en una carga, en una rutina que se cumple para salir del paso. Los animales que se ofrecen al Señor son los peores, cojos, enfermos, robados. «Ofrecédselos a vuestro gobernador, a ver si le agradan y os congraciáis con él», dice irónicamente el profeta (Mal 1,8).

No cabe duda de que los textos en defensa del culto son mucho menos numerosos que los que adoptan una postura crítica. Concederles la misma importancia que a los anteriores dentro de la mentalidad profética sería equivocado. Pero tampoco podemos perderlos de vista a la hora de esbozar el pensamiento profético sobre esta cuestión. Nos demuestran que el mensaje de los profetas no es monolítico, inmutable. Se adapta a las circunstancias y enfoca los problemas desde el punto de vista más acuciante para cada época. Cuando el culto se convierte en una pasión que hace prescindir de otras realidades mucho más importantes, el profeta lo denuncia y ataca con una virulencia inimaginable. Cuando el culto desaparece por completo de la perspectiva del pueblo y del individuo, el profeta resalta su importancia.

Reconozco que esta interpretación un tanto «concordista» no me satisface demasiado. Es muy probable que Amós y Miqueas, si hubiesen vivido en tiempos posteriores al destierro, no se hubiesen preocupado mucho de la reconstrucción del templo ni de los sacrificios. Se habrían limitado a exigir la práctica del derecho, la justicia y la misericordia. No se trata de simples hipótesis aventuradas. En el libro de Isaías encontramos un texto, casi seguro contemporáneo de los de Ageo y Zacarías, donde en vez de defenderse la necesidad de reconstruir el templo se ataca tal decisión (ver Is 66,1-2).

### 3. CONCLUSION

Y entonces, ¿con qué cara de la moneda nos quedamos? Algunos pensarán que con las dos, para ser fieles a la totalidad del pensamiento profético. Y, de hecho, con ligeros matices, esta es la postura adoptada por el Nuevo Testamento.

a) En primer lugar, los escritos neotestamentarios admiten sin lugar a dudas que hay algo mucho más importante que el culto sacrificial de los antiguos israelitas: la voluntad de Dios. Así lo afirma claramente el evangelio de Mateo, al poner en boca de Jesús la famosa frase de Oseas, inspirada en la de Samuel: «Misericordia quiero y no sacrificios» (Mt 9,13 y 12,7). De hecho, el autor de la Carta a los Hebreos, comentando el Salmo 40,7-9, escribe:



«Primero dice: 'Sacrificios y ofrendas, holocaustos y víctimas expiatorias ni los quieres ni te agradan'... y después añade. 'Aquí estoy para cumplir tu voluntad'. Deroga lo primero para establecer lo segundo. Por esa voluntad hemos sido consagrados, mediante la ofrenda del cuerpo de Jesús, el Mesías, única y definitivamente» (Hebr 10,8-10).

Por consiguiente, para el autor de esta carta Jesús captó el problema en la misma línea que los profetas de postura crítica. Lo que a Dios le agrada no son los sacrificios, sino el cumplimiento de su voluntad. Sólo esto tiene auténtico valor salvífico. Y a ello se entregó por completo, derogando de una vez para siempre las antiguas prácticas culturales.

Dentro de la misma línea crítica, esta vez con respecto al templo, se orienta el discurso de Esteban, donde llega a afirmar algo que a los judíos resultaría blasfemo: «El Altísimo no habita en edificios contruídos por hombres» (Hechos 7,48, aduciendo como argumento a continuación el texto de Is 66,1-2). El Evangelio de Juan pone esta postura en el mismo Jesús durante su diálogo con la samaritana (Jn 4,21-24). Hay algo más importante que el espacio sagrado, la forma de adoración que se tributa al Padre.

b) Sin embargo, aunque el Nuevo Testamento elimina muchas cosas del culto antiguo, introduce o mantiene elementos que se insertan en la misma perspectiva. El caso de la celebración eucarística basta para demostrarlo. Lo cual significa que los primeros cristianos no rechazaron en principio cualquier forma de expresión cultural. Por otra parte, Pablo exhorta con frecuencia a la oración en común, a los cánticos e himnos. Y los sumarios de los Hechos presentan com ideal a la comunidad unida en la fracción del pan y en las oraciones.

Pero es interesante constatar que incluso ante estas formas típicamente cristianas se adopta una postura crítica cuando llega el caso. Santiago avisa a sus cristianos que la religión verdadera no es cuestión de palabras, sino de «mirar por los huérfanos y las viudas en sus apuros» (Sant 1,27). Y Pablo llegará a afirmar que la eucaristía celebrada en medio de diferencias sociales ofensivas pierde todo su valor salvífico (1 Cor 11,17-34).

En definitiva, resulta imposible ofrecer una solución unívoca y tajante del problema. La cuestión es complicada y conviene tener en cuenta sus diversos aspectos.

Pero, si queremos llegar a ciertas conclusiones de validez general, indicaría lo siguiente:

1. Dentro del mensaje profético y del Nuevo Testamento, el culto no puede ir acompañado de injusticias manifiestas e hirientes. Hay que formar con seriedad las conciencias, y hacer ver a quienes participan en el culto de esta forma que no se puede compaginar «festividad e iniquidad» (Is 1,15), que de esa forma no agradan a Dios, sino que lo irritan. En este sentido, el culto cristiano debe tener un aspecto de «instancia crítica», de educación en la fe y el conocimiento de Dios, recordando continuamente a los fieles el valor primario de la justicia, la misericordia y la preocupación por los más débiles. Y esto, aunque ciertas personas consideren las homilias como «manifiestos políticos», «propaganda comunista» o «humanismo horizontalista». Es curioso que los profetas más enemigos del culto utilizaron precisamente esos momentos de asambleas y fiestas para exponer su mensaje.

2. Dentro del mensaje profético sería absurdo pensar que todo se limita a la justicia interhumana. La frase de Miqueas: «practicar la justicia, amar la lealtad y ser humilde con tu Dios» (6,8s), demuestra que no podemos perder de vista la relación con el Señor. Los otros profetas lo manifiestan con igual claridad a lo largo de todos sus escritos. Otra cuestión distinta es cómo debe expresarse esa relación con Dios, que en el cristianismo tiene una dimensión esencialmente comunitaria. Pero conviene dejar claro que ciertas prácticas culturales —la eucaristía sobre todo— son imprescindibles en cualquier vivencia de la fe.

3. Dentro del mensaje profético sería inconcebible una postura monolítica, que no admite cambio ni evolución. Por eso, ante el problema del culto es siempre necesario estar atentos a las circunstancias y al ambiente. Sería absurdo, basándose en la crítica profética a la religiosidad de su tiempo, condenar toda forma de piedad popular, encerrando a la gente más sencilla en el estrecho ámbito de una liturgia fría y cortesana que nada significa para ellos<sup>7</sup>. Igual que sería absurdo fomentar devociones y prácticas culturales en comunidades cristianas que necesitan un mayor impulso en su lucha por la justicia<sup>8</sup>.

Como indiqué al comienzo de este artículo, los problemas que el culto plantea en nuestros días son demasiado numerosos y complicados para aclararlos en pocas páginas. Espero, al menos, haber dado a conocer las líneas principales del pensamiento profético, y que eso ayude a continuar una reflexión que conserva toda su vigencia al cabo de veintiocho siglos.

**José Luis Sicre**

---

7. El caso de las procesiones de Semana Santa son un ejemplo claro de cómo el mismo problema puede enfocarse desde distintos puntos de vista. Creo que no se puede emitir el mismo juicio sobre el pueblo sencillo que acude a verlas con devoción, participando activamente, y sobre los señores que las contemplan desde las tribunas. Los primeros recuerdan a las mujeres de Jerusalén que lloran por Jesús camino del Calvario; los segundos a la aristocracia judía que se burlaba de Jesús en la cruz.

8. Hace unos años, tres sí no recuerdo mal, se celebró en Granada la procesión del Corpus en medio de grandes tensiones. Poco antes, el gobernador civil había impuesto multas a obreros y sacerdotes por valor de ocho millones y medio de pesetas, y había encarcelado a diversas personas. Ese mismo gobernador civil debía tomar parte entre las autoridades que presidían la procesión. Aunque un grupo de cristianos granadinos pidió al Obispo que suprimiese ese año la procesión, no sucedió así, y se perdió una ocasión de oro para enseñar a los cristianos y no cristianos de Granada cuáles son las verdaderas implicaciones de nuestra fe.